

—¡No pienso darle mis datos hasta saber si es él o no! —me levanté e iba a salir de la comisaría pero me detuvieron los policías que estaban en la puerta.

—Déjenla salir, va conmigo —dijo Soto sacando su arma de uno de los casilleros.

Subimos al patrullero y al llegar vi a gente amontonada, paramédicos y dos de los chicos, el que movió la cabeza dando la señal y el que me tiró al piso, realmente me esperaba lo peor, Soto apartó a la gente y me dejó mirar al cuerpo para confirmarle si era él. Antes de acercarme por completo escuché que los médicos ya lo habían dado por muerto, el impacto de la bala había sido en la cabeza, los empujé y me arrodillé a su lado.

—¿Sebastián? ¿Sebastián? —tocaba su mejilla mientras lloraba e ignoraba mi dolor en el pecho que sentía por la falta de respiración, tocaba su pecho esperando sentir el más mínimo movimiento de su corazón, nada, me desesperé, lloraba incontroladamente, volvía a tocar, nada.

Soto trataba de separarme, yo ya no podía respirar más, lo último que recuerdo es su voz llamando a los paramédicos para que me auxiliaran.

Desperté en una habitación del hospital, mis padres estaban ahí sentados; lo primero que hice fue preguntar por él. Sus rostros me dijeron todo.

Ahora sí puedo decir que no hay algo mejor que el sentir del movimiento de un corazón.

HASTA EL CIELO

Jamil Humberto Sheput Torrealva

Hola, Sean. ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo por allá? Espero que bien. ¿Qué dicen los abuelos? ¿Bien? Imagino que sí, todos la deben estar pasando de puta madre. Acá... bueno, te imaginarás. Mamá está mal. No, no físicamente, no te preocupes. Pero en un día tan... representativo como este, siempre se va a la mierda. Papá se fue un mes después que tú te fuiste, aunque supongo que sí lo sabías. Dicen que de donde estás se puede ver todo y a todos... ¿Es cierto? Perdóname que recién haya venido a verte, pero tú sabes... sí, yo sé que me entiendes. Puedo buscar en todo este maldito planeta a alguien que me entienda siquiera la mitad de lo que tú me entendías y sé que no lo encontraré...

¿Por qué te fuiste, huevón? No, tranquilo. No estoy enojado. Es solo que te extraño. Sí, ya sé que nunca te dije algo así cuando estabas acá. Era muy de maricas decirse eso entre hermanos, ¿cierto? Pues que me den por el culo entonces. Te extraño. Extraño tener a alguien a quien joder, a quien apagarle la terma cuando se está bañando, a alguien con quien fumar y tomar en el balcón de la casa a escondidas de nuestros padres. A alguien que me sacaba una joda incluso de los más trágicos problemas, que me ayudaba con los cursos que no entendía, que me hackeaba el Facebook y me ponía huevada y media. Extraño tus pendejadas y cómo te burlabas de mi gusto por las relaciones serias. Vive primero y de ahí cágate comprometiéndote, me decías. Te extraño, basura. Extraño escuchar tu voz, cuando cantabas. No sé con qué cara te la dabas de rockero o metalero si escuchabas Shakira, Gwen Stefani, Shania Twain... Siempre me cagaba de risa cuando te escuchaba cantar en casa, no porque cantes mal, tú siempre cantaste bravazo, sino por la música en sí. Ahora yo también escucho esas canciones y las siento gracias a ti. Aunque suenan mejor con tu voz. Te extraño. Y sí, soy un marica desde que te fuiste, aunque nunca tanto como tú.

A veces, mamá me llama por tu nombre. Sean, ven a comer. Buenas noches, Sean. Me da risa, papá era de los que nos cambiaba de nombre cuando estabas acá, ¿recuerdas? ¡Alex! No, ¡Sean! No... ah ya, itú, ven! Mamá no. Ella nunca. Pero, desde que te fuiste, se confunde. Usualmente, se da cuenta y me

pide perdón. No, no se pone mal. Es más, ya hasta se ríe de su torpeza. Porque, carajo, ¿confundir a un adonis como yo con una piltrafa como tú? Es ofensivo. Pero otras no se da cuenta y yo no la corrijo. Soy una nena por lo que te voy a decir, pero me gusta escuchar tu nombre, cuando alguien más lo dice. Me hace pensar que estás aquí. En ocasiones, mamá y yo fingimos que tenemos conversaciones contigo. Sí, es estúpido, lo sé, considerando que tengo 23 años y mamá 54. Pero nos alegra. Sí, yo sé, sé que te gustaría poder hablar con nosotros. Huevón, pues. Para qué te vas.

En los seis meses que han pasado desde que te fuiste, no ha habido uno donde mamá no me cuente de cómo fue cuando te encontró muerto. ¿Supiste cómo fue? Ya, te contaré. Angélica, nuestra empleada, se enfermó y había pedido permiso. Papá estaba de viaje. Mamá había regresado de hacer compras y te encontró echado en el sofá. Pensó que estabas durmiendo o en uno de tus trances filosóficos. Sean, te dijo. No respondiste. Se acercó un poco más y vio que tenías los ojos abiertos. Sean, te dijo. No respondiste. Vio que no parpadeabas. Una nube de pánico, dice, se empezó a posar sobre ella. Empezó a sacudirte violentamente, gritando tu nombre con desesperación y angustia. Nada. Llamó a una ambulancia. Le dijeron que te dé respiración artificial mientras la unidad llegaba. Como no sabía, le enseñaron cómo hacerlo. La pobre casi te rompe una costilla, dice. Te sintió frío. Se congeló cuando vio que, aun así, no reaccionabas.

Cuando los paramédicos llegaron, ella estaba paralizada. No pudo ni hablar, solo señaló hacia el sofá. No llegaron a meterte a la ambulancia, te dieron por muerto inmediatamente. Fueron ellos los que encontraron el frasco de pastillas tirado, mamá no se había dado cuenta. Luego de escuchar el diagnóstico, ella les abrió la puerta y se quedó mirando la calle. Sean estaba muerto y el sol brillaba. Los pájaros volaban. Los niños reían. Los carros transitaban. Las parejas se besaban. Las familias caminaban juntas. Los jóvenes fumaban y los ancianos renegaban. Tu hermano estaba muerto y afuera, en el mundo exterior, nada había cambiado. Los Barboza, siempre tan buenos vecinos, habían visto a la ambulancia irse y se acercaron a ver qué había pasado. Si ellos no hubieran venido, fácil mamá te hubiera seguido y estaría ahí contigo. Ella solo dice que la ayudaron a calmarse. Ellos dicen que pasó algo más pero

que mejor es no saberlo. Ay, cholito. Sin duda, se la dejaste difícil a nuestra viejita. La cara que pone, Sean, cuando me cuenta esa historia... No, no lo sientas. No lo hiciste con malicia. Lo hiciste por huevón, sí. Pero no con malicia y eso es lo que cuenta. A veces desearía que no me contara esto, es muy jodido de escuchar. Pero no puedo decirle nada, si yo te hubiese encontrado seguro lo contaría cada día, a cada rato.

Alucina que yo me enteré de lo que te había pasado cuando estaba en la U. Sí, huevón. En plena clase. Estaba de lo más bien conversando con mis patas, haciendo chongo mientras el profe estaba en su órbita didáctica, cuando se aparecieron Priscila y John, nuestros primos. No me olvido, hasta ahora, de esa tristeza en sus ojos cuando Pri tocó la puerta del salón. Parecían fantasmas. ¿Qué hacen aquí? pensé. No oí qué le dijeron al profe. Pero cuando me llamó, diciendo que tenía que salir por una emergencia, y vi sus miradas, llenas de angustia, me asusté jodido. Fue John quien me dijo todo. Tú sabes, huevón, que tú me podías decir cualquier tragedia y yo no te armaba escenas en ningún lado. Pero todo eso quedó atrás cuando escuché que te habías matado. ¡No es cierto, mierda! ¡Estás mintiéndome! ¡Él está bien! ¡No puede ser! Mis gritos sonaron en toda la Facultad. Me importó una mierda lo que los demás podían pensar. No te rías, imbécil, no fue gracioso. Hubo un silencio general en mi salón cuando saqué mis cosas. Y peor cuando regresé a clases, casi una semana después. Pero todos me apoyaron. Tengo grandes patas. Y me tuvieron mucha paciencia. Me escucharon llorar, renegar, patalear, todo lo que yo quisiera cuando me acordaba de ti. Son geniales y les debo la vida, cholo.

Putra madre, huevón. Si tan solo hubieras confiado en mí. Si me lo hubieras contado en su momento, tal vez estaríamos juntos ahorita, fumando, man-

dando a la mierda nuestros problemas, jodiéndonos como siempre. Yo sé que siempre fui algo homofóbico, pero era de la boca para afuera, huevón. Yo te hubiera aceptado. Tarde o temprano lo hubiera hecho. Y mamá también. Papá... papá se fue, en parte, por eso. No podía con su conciencia. ¿Se lo dijiste, verdad? Cojudazo, teniéndonos a mamá y a mí se lo cuentas a él. No, huevón. No me hubieras perdido. Sí, fácil por un tiempo me hubiera chocado. Pero eras... eres... mi hermano. Mi brother. Mi compañero del alma. No te hubiera dejado solo así seas un asesino en serie. No sabes cuánto me arrepiento de haber hecho bromas o comentarios homofóbicos antes, de lo más desprecupado. Perdóname. No me imagino cuánto daño debo haberte hecho, cómo te debes haber sentido cuando bromeaba que todos los maricones se irán al infierno, que son una mierda y otras cosas. No lo son. Y menos tú. Perdóname. Me arrepentiré por el resto de mi vida. Sí, sí es mi culpa. Debí saberlo. Debí haber sospechado siquiera, se supone que soy quien mejor te conoce. Guardarte algo así para ti solo, poniéndote máscaras cuando escuchabas esas cosas... y luego decírselo a papá. ¿Es verdad que te pegó? No me extraña. Siempre fue un hijo de puta. No sé dónde mierda estará ahora, pero si lo veo le partiré la cara por haberte hecho tanto daño. Aunque, bueno. Creo que el que mamá lo haya botado de la casa es suficiente castigo. No dijo nada cuando lo hizo. Solo agachó la cabeza, empacó sus maletas y se marchó. Qué cobarde. No luchó nunca por su familia.

¿Sabes que mamá ha prohibido todo tipo de pastillas en la casa? ¿Locazo, no? Cada vez que ella o yo nos enfermamos tenemos que ir a la casa de la tía Cynthia. Sí, ellos están bien, no te preocupes. Siguen atendiéndonos mejor que en las clínicas. Pero eso sí. Ellos nos dan las pastillas en la boca. Mi ma-

dre no confía en mí con un frasco de pastillas, ni siquiera con un blíster, y la tía Cynthia no confía en mamá tampoco con eso. ¿Ves? Eso te pasa por suicidarte con pepas. Todas las noches ruego a Dios que nadie se enferme porque, por más que quiera a la tía y a nuestros primos y todo, es una mierda pasar días encerrado ahí compartiendo baño, cuartos y todo. ¿Ah? Claro que se acuerdan de ti. Siempre en buena onda. También te extrañan. Aunque el tío Dante está agradecido de que ya nadie le rompe sus televisores jugando fútbol dentro de la casa. Pero incluso él te extraña. Fue de los que más lloró en tu funeral.



¿Sabes? A veces te veo en mis sueños y te escucho cantar, o sueño que hueveamos, que hacemos de las nuestras... te juro que, cuando eso pasa, no quiero despertar. Generalmente intento volver a dormir para seguir viéndote, seguir escuchándote. Y casi siempre lo logro. Pero cuando no, me levanto con una sonrisa de oreja a oreja. Mamá me ve en la mañana y ya sabe lo que esa sonrisa significa. Sonríe ella también y le cuento mis sueños. Ella también sueña contigo. Sueña con papá, conmigo. Sueña que somos una familia feliz, unida, como era antes. No, ella no llora. Al contrario. Se pone contenta. No, nada. Ella también feliz de verte aunque sea por ahí. Cualquiera cosa con tal de no verlo muerto en el sofá de nuevo, me dice. Bien tarado eres para morirte ahí también. Cualquiera lo hace en el baño o no sé. Extraño ese sofá. Aunque más extraño a quien estaba en él. Calla, mierda. Agradece que no puedo golpearte sino lo haría por joderme tanto. Tu partida me cambió bastante... pero para mejor. Me ha vuelto más maduro y sensible. Sí... al menos algo bueno salió de todo esto... creo...

Bueno, basura, ya me tengo que quitar. Mamá ya debe estar por regresar del gimnasio y si no me encuentra le dará un infarto. No, no te sientas mal. Tú sabes que si ella no viene no es porque no quiera, sino porque es muy duro y porque odia los cementerios casi tanto como yo. Tenemos que arreglar la casa. Cada que se cumple un mes de tu partida tenemos una reunión. ¿Ah? No, nada extraordinario. Toda la familia se reúne y rezamos por ti. Algún día iré a verte, pedazo de mierda. Por ahora solo tenemos que conversar así. Sí, sí cuidaré de mamá y de la familia. Tú también hazlo desde allá arriba. Te quiero, Sean. Toda la vida me arrepentiré de no habértelo dicho más seguido cuando estabas acá. Sí, yo sé, hermanito. No, no me iré antes de mi hora. No soy tan bestia como tú. Sí, vendré a verte mucho más seguido. Salúdame a los abuelos. Cuídanos siempre, basura. Sabe Dios que nosotros no lo hicimos contigo... ¡Un abrazo hasta el cielo!

NOVA-7

Fernando Omar Amaro
Machacuay

No quería parpadear. No podía. No ahora. El frío infinito del espacio penetró sus huesos hasta convertirlos en miembros rígidos inútiles. Teniendo su mano aún con el pulgar en alto, rogaba que fuera consuelo suficiente para ella. Aun en esos últimos minutos de vida, le dolía más el ver llorar a su esposa en la distancia que el mismo hecho de haber entregado su vida a la nada. Deseaba que ella viera su pulgar en alto y eso le brindara cierto consuelo ridículo. El consuelo para él era saber que ella viviría.

La oscuridad absoluta envolvía su cuerpo.

Ya no serían los brazos de ella.

El frío espacial congelaba y partía sus labios.

Aquellos que no podrían volver a sentir el calor de los de ella.

Su oxígeno terminándose a cada segundo.

Recordó la respiración de ella contra su cuello en las mañanas.

El universo entero reclamaba su cuerpo y vida, pero no iba a parpadear. *Tenía* que verla. Quería que cada segundo de su hermoso rostro bañado en lágrimas se grabara en su memoria pues ya nada le quedaba. Solo podía verla hasta que ya no pudiera distinguirla. Su cuerpo flotando se alejaba de ella para siempre. Aun muriendo, ella era lo único que le daba fuerza. Por un momento trató de sonreír al ver que las estrellas seguían brillando. En su mente la abrazó una última y eterna vez.